

nunca vieron de qué modo sus padres procedieron para dejar sus huevos en el lugar más conveniente al primer estado de las larvas, ó si circunstancias peculiares de éste lo requerían, las envolvieron con mucho arte; y como no es posible, por otra parte, que se acuerden todavía donde nacieron y en qué envolturas se hallaron, ni nadie les ha podido comunicar qué especie de alimento y qué condiciones de vida sean convenientes á sus larvas, no cabe ya admitir que en aquellos actos intervenga la reflexión que prevé el fin y á él ajusta la elección de los medios.

Los animales que viven en madrigueras cuidan mucho, como es sabido, de tenerlas siempre bien limpias por la importancia que el aseo tiene para su salud. Las abejas limpian su colmena diariamente. El aseo es indispensable para la salud del enjambre; pero ¿cómo es posible que las abejas hayan hecho una vez la experiencia de que el desaseo en la colmena es perjudicial al bienestar de sus pobladores? ¿Qué pocas veces piensa el hombre mismo, cuando limpia sus viviendas, en el detrimento que su salud sufriría si dejase que el polvo, el humo y los desperdicios cubrieran el suelo, los techos y los muebles! En la mayor parte de los casos el hombre quita la basura simplemente por la razón de que le hace una impresión penosa, al paso que la pulidez y el alíño le agradan. Otra cosa no sucederá probablemente con las curiosas abejas. La percepción de la suciedad despierta en ellas tanto como en los hombres el sentimiento de la repugnancia y del asco, y sólo á consecuencia de este sentimiento quitan de su vista los objetos que la ofenden.

Permítasenos presentar un ejemplo más de la abundancia del material que comprueba nuestra tesis. Algunas larvas (por ejemplo, la oruga del ojo de pavón nocturno) labran para su estado de crisálida una envoltura que por un lado consta de una bóveda doble de celdas tiesas y unidas entre sí solamente por un tejido de hilos finísimos. Estas celdas juntan sus extremos formando una punta, y tienen, por tanto, una posición tal que el más ligero esfuerzo basta para separarlas desde adentro de la crisálida, mientras que toda presión ejercida desde fuera sirve sólo á aumentar la resistencia que unidas oponen á la agresión. Esta es la causa por qué ningún animal puede penetrar en el interior de la ninfa, siendo muy fácil á la mariposa salir á gozar de la libertad. Respecto á esta curiosa observación advierte AUTENRIED: "La larva nada ha podido aprender en todo esto de sus padres, porque estaban muertos mucho tiempo hacia cuando ella salió del huevo. Tampoco ha podido aprenderlo por la experiencia ó el ejercicio, pues hace su ingeniosa obra una sola vez en su vida. La instrucción no pudo enseñarle nada tampoco porque vive solitaria, y su

inteligencia tuvo poca ó ninguna ocasión de desarrollarse durante su estado de oruga."

Cuanto más se considera, pues, la naturaleza tal como es, tanto más se evidencia que el instinto no puede ser producto de ningún entendimiento animal; que no se le debe considerar como experiencia adquirida por reflexión y ensayos, como tampoco el hombre obra con reflexión cuando ejerce sus habilidades rutinarias ó instintivas. "Sería un gran error", dice SCHNEIDER, suponer que el animal que huye ó persigue se diese cuenta, á cada obstáculo puesto en su camino, de la existencia del estorbo, y eligiese con reflexión el medio necesario para superarlo si quiere burlar á su perseguidor ó alcanzar su presa. La mera percepción basta para modificar oportunamente el impulso de locomoción, por lo cual el cambio de dirección ó movimiento se verifica las más veces tan rápidamente que entre la percepción y el movimiento correspondiente no hay ningún tiempo en que se puedan formar ideas de fines y medios. "Agréguese aún á esta observación la circunstancia muy significativa de que las acciones procedentes del instinto son tanto más singulares, artificiosas y complicadas cuanto más baja es la clase á que los animales pertenecen, y cuanto más torpes y "estúpidos", se muestran en sus demás acciones".

Si la vida instintiva de los animales, cuyas manifestaciones tanto nos asombran, estribase en esfuerzos de la inteligencia, no podría dudarse que el entendimiento animal dejaría rezagado á todo ingenio humano. A pesar de todos los demás hechos que prueban lo contrario, habría que atribuir á los animales, y singularmente á los insectos, que en el poco tiempo que viven no están en condiciones de reunir muchas experiencias, tanta, si no más, reflexión que á un hombre y perfectamente desarrollado, y que hubiese hecho

<sup>1</sup> «Bruta animalia moventur ad finem, non quasi considerantia, quod per motum suum possint consequi finem, quod est proprie intendendis; sed quasi concupiscentia finem naturali instinctu moventur ad finem, quasi ab alio motu, sicut et cetera quae moventur naturaliter.» (SANTO TOMÁS, *Summ. theol.*, I. II. q. 12. a. 5.) El Aquinense niega que los animales procuren realizar un intento con sus acciones. «Intendere finem (en el sentido propio y principal de esta frase) est moventis, prout scilicet ordinat motum alicujus vel sui vel alterius in finem quod est rationis tantum; unde per hunc modum bruta non intendunt finem.» (L. c.) El Santo doctor distingue varios modos de conocer un fin. «Cognitio finis est perfecta et imperfecta. Perfecta quidem, qua non solum cognoscitur id quod est finis et bonum, sed ratio universalis finis et boni; et talis cognitio est solius rationalis naturae. Imperfecta cognitio est in brutis animalibus, quorum et virtutes appetitivas non sunt imperantes libere, sed secundum naturalem instinctum ad ea, quae apprehendunt, moventur» (SANTO TOMÁS, *Summ. theol.*, I. II. q. 11. a. 2.) Y en otro lugar dice: «Est duplex cognitio finis, perfecta scilicet et imperfecta. Perfecta quidem finis cognitio est, quando non solum apprehenditur res, quae est finis, sed etiam cognoscitur ratio finis, et proportio ejus quod ordinatur ad finem ipsum; et talis cognitio finis compellit soli rationali naturae. Imperfecta autem cognitio finis est, quae in sola finis apprehensione consistit, sine hoc, quod cognoscatur ratio finis et proportio actus ad finem; et talis cognitio finis reperitur in brutis animalibus per sensum et aestimationem naturalem.» (SANTO TOMÁS, I. II. q. 6 a. 2.)

todos los estudios inferiores y superiores, y adquirido gran destreza con variados ejercicios. Además, sería preciso suponer que las larvas conociesen ya las propiedades y necesidades que tendrían en el estado de ninfas y de insectos acabados, pues todas las precauciones que toma la larva, y todos los trabajos que hace antes de su transformación en crisálida, son útiles sólo para las fases posteriores de su vida.

235. Que los fenómenos sorprendentes del instinto se verifican sin intervención de ninguna facultad intelectual, lo indica también el hecho de que los animales no omiten los actos instintivos cuya oportunidad tanto se encomia, aun cuando el entendimiento más débil pueda reconocer su completa inutilidad. El castor muestra en la cautividad un verdadero furor por las construcciones; en viendo maderos, sarmiento y otros materiales que le podrían servir si estuviera libre al lado del agua, no se cansa de llevarlos y traerlos, aunque todos sus esfuerzos son inútiles. Los animales que en su libertad están acostumbrados á hacerse una cama ó extraer su presa escarbando, no dejan de escarbar aun cuando el piso de su jaula, establo ó cercado en la cautividad sean de madera, hojalata ú otra materia dura. La gallina escarba lo mismo en el piso embaldosado de la casa que en medio de un montón de granos. Las abejas construyen celdas para la reina aun cuando no tengan ninguna. Ciertas moscas ponen sus huevos en carne putrefacta porque la cría halla en ella su más conveniente alimento; pero también los ponen en ciertas plantas exóticas que despiden un olor fétido en las estufas de nuestros jardines botánicos, donde los mosquitos perecen sin remedio á poco de salir de los huevos. Cuando se quitan de debajo de la oca los huevos en la sazón de empollar, se sienta tranquila en el estercolero y sigue empollando. Cuando la hembra del escarabajo pildorero (*pilularia*) quiere poner huevos, los animalitos forman una masa de lodo, sirviéndose para este trabajo de su dentellado escudo frontero, y la redondean luego con los pies. Hecha la pelota de barro, los animalitos la cogen uno por delante, otro por detrás, tirando aquél con las piernas traseras, y empujando éste con las delanteras y el escudo frontero; de este modo la bolita es arrastrada hasta un sitio donde la tierra está bien blanda; allí hacen un hoyo profundo, y la hembra pone un huevo en la bola; entonces la echan al hoyo y vuelven á cerrarlo con tierra. Pero obsérvese ahora á ese gracioso pildorero cómo al ver cualquier bola, aunque sea de madera ó piedra, siente un impulso irresistible á hacerlo rodar por el suelo. A menudo se ha observado que escarabajos nadadores se lanzaban desde lo alto sobre las cubiertas de vidrio de las tablas de mantillo, teniéndolas por superficie de agua. Hay aves que no

sólo siguen criando cuando se les han robado sus huevos, sino que también más tarde, cuando hubieran tenido hijuelos, salen en busca de comida, y la desembuchan en el nido como si tuvieran pequeños á quienes alimentar. Muchos insectos se dejan caer en la hierba de las praderas para librarse de sus perseguidores; mas se dejan también siempre caer cuando debajo de ellas hay agua, teniéndola por un prado á causa de la igualdad del color. Estas equivocaciones y trabajos inútiles se advierten, no en uno, sino en todos los individuos de una especie de la misma manera, demostrando que todos los instintos comprenden una esfera limitada de situaciones y circunstancias, y que aun dentro de estos límites sólo en cierto modo se adaptan á las condiciones exteriores y variables de su vida.

Otra prueba de esta verdad es el hecho de que todos los animales muestran una carencia total de inteligencia fuera de los límites trazados á sus actos instintivos. La gallina reconoce al ave de rapiña ya cuando, volando aun en lo más alto del firmamento, parece un punto, y previene á los pollos del peligro aun remoto con voz de madre angustiada; pero la misma gallina empolla con el mismo cuidado que sus propios huevos un pedazo esférico, aunque rudamente trabajado, de greda colocado en su nido. Los animales proceden en muchas cosas con una aparente prudencia que causa asombro; pero en muchas más obran tan indiscreta é imprudentemente como se puede esperar sólo de quien carece de toda razón. "Para no dejarse sorprender por las que se dicen pruebas de la prudencia de los animales, hay que tener presente ante todo que la lógica requiere que convengan con toda la conducta restante del animal en cuestión; pues no debo entender ni interpretar un hecho aislado de tal manera que me haga imposible comprender por qué ese animal, dotado de tan notables talentos, aunque carezca del don de la lengua, no se da á conocer simplemente como ser "honesto é ilustrado, por gestos y ademanes equivalentes".

236. Los pensadores de la escuela antigua, al juzgar la vida de los animales, conceden importancia excepcional á la uniformidad é invariabilidad que caracterizan las costumbres de los brutos\*. Hay sabios modernos que vuelven á colocarse en el punto de vista aristotélico cuando tienen valor para mirar las cosas tales como son. "Una razón más poderosa aun en contra de la opinión de los que derivan de reflexión consciente estos y otros actos al parecer

\* *Leib und Seele* (Alma y cuerpo), pág. 199. Weimar, 1856.

\* «Alia animalia ab homine intellectum non habent; quod ex hoc apparet, quia non operantur diversas et opposita, quasi intellectum habentia, sed sicut a natura mota ad determinatas quasdam operationes et uniformes in eadem specie, sicut omnis hirundo similiter nidificat. (S. THOMAS, *Summa. c. genl.*, l. 2, c. 66.)

inspirados en un fin conocido, dice WUNDT en sus *Lecciones sobre las almas de los brutos y del hombre*, es la gran regularidad con que se repiten en los diferentes individuos de la misma especie, regularidad tanto más de notar cuanto que no siempre es posible señalar una comunicación de los individuos suficiente para explicar un hecho tan singular. Llevado del mismo pensamiento, advierte SCHNEIDER respecto de los insectos "que los procedimientos de una especie determinada son idénticos en cada generación, y que senota en las costumbres de los insectos una regularidad y seguridad que tan perfectas no se encuentran en las acciones premeditadas de los hombres. Precisamente las acciones que emanan de la reflexión se diferencian de las costumbres instintivas por su variabilidad misma, puesto que los instintos de una misma especie no cambian nunca. Por esta razón, sino ya por otras, me parece tan desacertada la analogía que se pretende establecer entre las costumbres de los insectos y las acciones del hombre consciente de su fin, que, á la verdad, me maravilla encontrar defendida en obras zoopsicológicas la opinión, por demás cándida, de que las diligencias de los insectos estriban en ideas finales, según se puede ver en la obra de ESPINAS que se intitula "Sociedades animales," (*Thierische Gesellschaften*)<sup>1</sup>.

¶ 37. Vemos, pues, que, según el testimonio de antiguos filósofos y de naturalistas modernos, no se revela ningún entendimiento peculiar á los animales en los actos instintivos que verifican. Mas falta de entendimiento no dice todavía carencia de conocimiento; en efecto, que los animales poseen un conocimiento sensitivo real, jamás ha sido puesto en duda por la filosofía cristiana. Si no, ¿para qué habian de poseer los animales órganos de percepción sensitiva? Así como los brutos irracionales se parecen al hombre en cuanto á la posesión de órganos sensitivos, parecen también en ellos todos aquellos fenómenos que en nosotros los hombres son consiguientes al verdadero conocimiento sensitivo. Prueba de este aserto puede ser cualquier hecho que tomemos de la vida de los animales. Recordamos, por ejemplo, lo que AVDUBÓN refiere de una ardilla que vió perseguida por una serpiente de cascabel. Esta se fué acercando más y más al ligero roedor, arrastrándose con rapidez sobre el suelo del bosque. La ardilla alcanzó un árbol en un abrir y cerrar de ojos, trepó veloz por el tronco arriba, y tratando de burlar á su perseguidora saltó de rama en rama. Más de una vez el ofidio estuvo á pocas pulgadas de la codiciada presa, tendida en el aire con dos terceras partes cabales de su longitud y asida al árbol sólo por la cola. Pero cuanto el pe-

<sup>1</sup> *Der thierische Wille* (La voluntad animal), pág. 265.

ligro aumentaba en proximidad, crecía la ligereza de la ardilla. Varias veces se escondió en agujeros, de los cuales, sin embargo, no tardó nunca mucho en salir, como que no ignoraba que el temible reptil le podía seguir en donde quiera que se metiera. Por fin dió un salto enorme al suelo, estirando cuanto pudo la espesa cola para evitar el daño que le pudiera causar la caída. En el mismo momento se dejó caer también la serpiente en un sitio que muy pocas varas distaba del punto donde la ardilla llegó al suelo. Entonces se continuó la persecución y la fuga en la tierra, y antes de que la ardilla alcanzase otro árbol, la serpiente la cogió del cogote y se arrolló sobre ella tan estrechamente que, si bien todavía se oían sus gritos de agonía, nada se veía ya de su afelpada piel. Quien considera bien los incidentescuriosos de este cuadro entre tantos como diariamente pueden observarse en los campos, prados y bosques, en el aire y en el agua, no podrá menos de reconocer que tanta variedad y tantos oportunos cambios de movimiento no se conciben sin suponer que estos movimientos son espontáneos, esto es, guiados por previo conocimiento de la situación á que se ajustan.

DESCARTES ha intentado, como antes de él lo hicieron ya otros sabios, hacer de los animales unas máquinas complicadísimas ó autómatas sumamente artificiales, sin reparar en que la escena real en que los brutos obran es tan variable que sería de todo punto imposible en aparatos mecánicos, y sin advertir que á todo acto cognoscitivo se sigue cierto movimiento espontáneo, diferente según la diversidad de las percepciones que lo causan. El jumento colocado en medio de dos fardos de heno que cita POLIDAMAS, no se siente atraído á ambos lados como pedirían las leyes de la mecánica, sino que es capaz de optar espontáneamente por el uno ó el otro.

Los filósofos de la escuela antigua, no sólo han concedido á los brutos vida cognoscitiva en general, sino que nos han dejado en los lugares donde tratan de esta vida un marco, como si dijéramos, que la zoopsicología no podía sino llenar con mayor abundancia de pormenores.

Según la doctrina de los antiguos, los animales poseen, á más del tacto y de los otros sentidos externos, ciertos sentidos internos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Léanse los párrafos en que SANTO TOMÁS trató de demostrar la necesidad de que haya sentidos internos que completan toda la existencia de los brutos: "Ad vitam animalis perfecti requiritur, quod non solum apprehendat rem sed præsentiam sensibilib, sed etiam in eis absentia; alioquin quom animalis motus et actio sequantur apprehensionem, non moveretur animal ad inquirendum aliquid absens... Si animal moveretur solum propter delectabile et contristabile secundum sensum, non esset necessarium ponere in animalis nisi apprehensionem formarum, quas percipit sensus, in

En virtud del sentido común los animales son capaces de combinar las percepciones sueltas de los sentidos externos, pues es el mismo principio cognoscitivo mediante el cual el corderito que padece reconoce el agradable sabor de las hierbas y ve su color verde; y cuando el perrito muerde la piedra que se tiró tras él, prueba que es el mismo el principio mediante el cual siente el dolor que la pedrada le produce que aquel con que ve la piedra.

El sentido común habilita también al animal á darse directamente cuenta de las sensaciones externas y de sentir, aunque sea sólo en cierto modo, sus propias afecciones, ó en otros términos, no sólo percibe los objetos externos, sino también la impresión determinada que hacen en el propio organismo.

Además de esto, los animales disponen de memoria y facultad imaginativa. En el ejemplo que poco ha citamos, la ardilla y la serpiente retuvieron mutuamente su imagen durante todo el tiempo que duró la carrera. No hay animal tan estúpido que no vuelva á encontrar una vez el paraje donde le dieron alimento y gozó de reposo. Insectos hay que á memoria local ganan á los animales más perfectos. No fué evidentemente, observa SCHROEDER VAN DER KOLK, intención del Criador formar una serie progresiva de animales, sino conferir á cada uno de ellos aquellas facultades ó aptitudes que son indispensables para las condiciones peculiares de su existencia; con lo cual se explica que encontremos en muchos animales de orden inferior y en insectos facultades psíquicas de intensísimo desarrollo que en vano se buscan en los animales que la taxonomía de la Historia Natural ha puesto en lugar más alto<sup>1</sup>.

Júntase á estas facultades que distinguen al animal cierta virtud estimativa interna que los antiguos solían resumir en el nombre *aestimativa* ó bien *judicatorium*. Ya que bien pronto hablaremos más detenidamente sobre este tan interesante extremo, contentémonos con mencionar brevemente que en el poder apetitivo de los animales están contenidas todas las excitaciones que se suele apellidar pasiones, emociones, ó bien afectos en un sentido más lato de esta palabra. La conducta de los animales, y singularmente la de los más perfectos, prueba del modo más inequívoco, que en la facultad apetitiva de los animales

quibus delectatur aut horret. Sed necessarium est animali, ut quærat aliqua vel fugiat, non solum quia sunt convenientia vel non convenientia ad sentiendum, sed etiam propter aliquas alias commoditates et utilitates sive nocumta; sicut ovis videns lupum venientem fugit, non propter indecentiam coloris vel figuræ, sed quasi inimicum naturæ, et similiter avis colligit palam, non quasi delectet sensum, sed quia est utilis ad nidificandum. Necessarium est ergo animali, quod percipiat huiusmodi intentiones, quas non percipit sensus exterior... Ad receptionem formarum sensibilium ordinatur sensus proprius et communis... Ad harum autem formarum retentionem ordinatur phantasia... (Summ. theol., I, q. 78, a. 1.)

<sup>1</sup> Alma y cuerpo, pág. 76, Braunschweig, 1865.

tienen su asiento tanto las pasiones concupiscibles; el amor y el odio (compasión, envidia, enemiga, rencor, deseo de venganza y otras semejantes), afán y repugnancia, alegría y pena, como las irascibles; esperanza y desaliento, valor y miedo (audacia, angustia, terror), sin exceptuar la ira misma<sup>1</sup>.

338. Volviendo después de esta digresión sobre las virtudes apetitivas de los brutos, á la que llamamos estimativa, vamos á dedicarle la atención particular que merece por la mucha luz que irradia de ella sobre el instinto, y de ahí sobre la tendencia natural, tema que todas estas discusiones concurren á esclarecer.

La palabra *aestimativa* se toma en sentido ora más lato, ora más estricto. En sentido más lato, denota la facultad con que el animal puede combinar entre sí las representaciones sueltas y las imágenes comunes. El perro que conoce á su amo cuando vuelve á casa, combina la representación suelta que conserva en la memoria con la que le ofrecen los sentidos en el momento de la vuelta de su amo. El tigre que vuelve al camino donde antes ya apresó algún hombre, aplica la imagen común que ha persistido en su fantasía, á los hombres que en ocasión posterior vienen á pa-

<sup>1</sup> Siendo de particular interés lo que enseñan los peripatéticos, véase lo que dice SANTO TOMÁS de la ira y de la esperanza. «Los animales no son iracundos en cuanto la ira encierra el deseo de venganza (ira enim collationem importat poenæ indigendæ ad nocentem sibi illatum), pero no les falta un sentimiento análogo.» (S. THOM., Summ. theol., I, II, q. 46, a. 4.) «Ira, quamvis sit cum ratione, potest tamen etiam esse in brutis animalibus, quæ ratione carent, in quantum naturali instinctu per imaginationem moventur ad aliquid simili operibus rationis. Sic igitur, quia in homine sit ratio et imaginatio, dupliciter in homine potest motus iræ insurgere. Uno modo ex sola imaginatione nuntiantem læsionem; et sic insurgit aliquis motus iræ etiam ad res irracionales et inanimatas secundum similitudinem illius motus, qui est in animalibus contra quodlibet nocivum.» (Ibidem, a. 7.)

Acercas de la esperanza el Santo maestro enseña: «Interioribus passionibus animalium ex exterioribus motibus deprehendi possunt; ex quibus apparet, quod in animalibus brutis est spes. Si enim canis videat leporum aut accipiter avem nimis distantem, non movetur ad ipsam quasi non sperans, se eam posse adipisci; si autem sit in propinquo, movetur sub spe quasi adipiscenda.» (S. THOM., Summ. theol., I, II, q. 46, a. 3.) En el paraje siguiente cita otros ejemplos: «Spes dicitur extensionem appetitus in illud quod appetibile est. Invenitur autem non solum in hominibus, sed etiam in aliis animalibus: quod patet, quia invenitur animalia operari propter aliquid bonum futurum aestimatum possibile, sicut aves faciunt nidum propter filiorum educationem: nec propter finem aliquid facerent, nisi in finem illum quasi eis possibilem tenderent: quia naturalis appetitus non est impossibilium. Similiter etiam patet, quod unum animal aggreditur aliud non nisi ex spe victoriæ. Patet ergo, quod spes sit in appetitu sensitivæ partis, quæ nobis et brutis communis est (3 dist. 26, q. 1, a. 1.) Pero ¿cómo es posible que los animales conozcan cosas futuras? «Sicut animalia cognoscunt rationem convenientis et nocivi non per inquisitionem rationis, ut homo, sed per instinctum naturæ, qui dicitur aestimatio; ita etiam cognoscunt aliquid quod futurum est sine hoc quod cognoscant rationem futuri, non conferrando præsens ad futurum, sed ex instinctu naturali, secundum quod aguntur ad aliquod agendum vel ex impulso naturæ interioris vel exterioris, sicut quando agunt aliquid ad præcavendum de futuris, quæ dependent ex motu coeli, quasi ex eo impulsa: unde ex eorum operibus homines possunt aliquid scire de huiusmodi futuris, sicut nautæ præsentem tempestatem futuram ex motu delphinorum ad superficiem aquæ descendunt; et formicæ veniente pluvia reponunt granum in cavernis.» (Loc. cit., Sigueuse, pues, de aquí: «Quamvis bruta animalia non cognoscant futurum, tamen ex instinctu naturali moventur animal ad aliquid futurum, ac si futurum prævideret: huiusmodi enim instinctus est eis inditus ab intellectu divino prævidente futuræ.» (Summ. theol., I, II, q. 40, a. 2. Cf. ibid., q. 41, a. 1 ad 3.)

sar por el mismo paraje. En el sentido más estrecho, *aestimativa* se dice la facultad mediante la cual los animales saben discernir los seres y situaciones que les son útiles y amigables, de los que les son hostiles y perjudiciales<sup>1</sup>.

Este es el punto donde el dominio del *fin* penetra en la conciencia animal. Los animales conocen algo que anhelan, algo por qué ejercen ciertos actos, algo que es para ellos el motivo de su actividad espontánea. Para conseguir este fin emplean medios proporcionados al objeto apetecido. El conejito que por vez primera ve el húrón, reconoce al punto á su enemigo en él, y trata de ampararse de su saña del modo más conveniente á la situación en que al divisarlo se halla. Si un gato lleva á sus cachorritos á un escondite seguro, es manifiesto que no ignora por qué obra así; siquiera no aspira con perfecto conocimiento á conservar su especie, pero sí desea ocultar su camada á los enemigos que podrían asaltarla. El caballo que va al abrevadero para beber, no piensa ciertamente en que mueve sus pies para restaurar sus fuerzas vitales, pero sí apetece apagar la sed que le atormenta. Ciertos pájaros fuerzan, durante la sazón de empollar, á sus hembras á volver al nido cuan lo abandonan; sin suponer en ellos el movimiento de otro fin más remoto, lo hacen cuando menos para tranquilizarse y contentarse á sí propios. Cuando la zorra sale de su hoyo durante la noche en dirección á un cortijo que en otra ocasión ya conoció, saltando por barrancos, zanjas, vallas y cercados, se cuela con mucho cuidado en el corral y estrangula una oca, claro está que vence tantos obstáculos sólo para dar con el cortijo, que juntamente con la codiciada oca lleva en su astuto magín<sup>2</sup>.

339. Reconocida la influencia del fin sobre la conciencia animal, conviene preguntar: ¿De qué modo cae el fin en el conocimiento del bruto?<sup>3</sup>

<sup>1</sup> SUÁREZ dice acerca de la estimativa: «Aestimativa describitur sensus interior potens apprehendere sub ratione convenientis et disconvenientis... haec siquidem operatio communis etiam est omnibus animantibus... cuius munus est movere appetitum sensitivum, qui nominis a ratione convenientis et disconvenientis movetur. Ideo ergo aestimativa dicitur, quia de rebus ipsis aliud aestimat quam quod exterius apparet» (*De an.*, l. 3, c. 36, n. 7.) Además: «Aestimativa ponitur facultas cognoscens rationem convenientis ac disconvenientis, movensque appetitum, quae comparatur ad appetitum sensitivum, sicut intellectus practicus ad voluntatem» (a. a. O. n. 16.)

La vista del lobo despierta en la oveja un impulso á la fuga, mientras que el mismo aspecto no afecta nada á otro lobo. Suárez enseña que esto sucede «propter diversam virtutem aut diversum instinctum naturae. Para ilustrar esto aún más, se refiere á este otro hecho: «avis nondum experta pluviam (túpote forte verno tempore nata) ventum sentiens ad tutum locum se recipit: quis autem credat, eam ex cognitione venti elicere speciem representantem pluviam venturam? Per eandem ergo speciem, qua cognovit ventum, naturali instinctu iudicat illum esse fugiendum, nec talis fugae rationem quaerit, aut pluviam cognoscit, quam nullam videt.» (*L. III De An.*, c. 9, n. 23.)

<sup>2</sup> SANTO TOMÁS dice que los animales irracionales son impulsados *in finem apprehensum*. (*Summ. theol.*, I, II, q. 1, a. 2.)

<sup>3</sup> Podría extrañar al lector el uso que hacemos del término «conciencia» hablando de conciencia animal. Esta palabra tiene tres distintas acepciones. Tomada en la primera, denota aquella perfección

Como quiera que todo anhelo, apetito ó aspiración tiene su objeto propio en lo que es conveniente ó bueno para el sujeto que apetece, la idea del fin va unida substancialmente á la idea del bien. Echando primero una mirada á la vida intelectual, advertimos que de la misma suerte que el *ente* es lo primitivo, esto es, el punto de vista desde el cual la razón especulativa concibe los objetos, el *bien* constituye el punto de vista bajo el cual los objetos son concebidos por la razón práctica, ó sea la razón dirigida al acto. En este respecto, la razón experimenta una necesidad que puede resumirse en este axioma: Es preciso hacer y desear el bien y huir del mal<sup>4</sup>.

A la vida de la razón se conforma la vida sensitiva. Lo que en aquella es la razón especulativa, es aquí la facultad cognoscitiva por medio de los sentidos, ó dicho aún de otro modo, lo que allí es la razón práctica, es aquí la *estimativa*. También aquí se revela un impulso natural que inclina al bien y retrae del mal, impulso que obra con carácter de necesidad natural en todas sus aplicaciones, puesto que no la acompaña la razón, ni por consiguiente la libre voluntad.

Una cosa puede ser buena, ó sea un bien, por tres diversos conceptos: por honesta, por útil y por deleitable. El bien honesto (*bonum honestum*) es el que se anhela por convenir á la naturaleza considerado en sí mismo, mientras que el bien deleitable (*bonum delectabile*) se apetece á causa de la satisfacción consiguiente á él. El bien útil (*bonum utile*) no se busca por sí propio, sino sólo con respecto á un bien honesto ó deleitable. Interesa ahora saber si el bien en todos estos sentidos está presente á la conciencia del bruto y en qué extensión cada vez.

Lo que en primer lugar notamos al observar los actos de los animales y examinar los móviles que parecen impelerlos á ellos, es que lo bueno ó lo apetecible se presenta al bruto como *delectabile*, satisfactorio ó calmante respecto de algún estímulo que ha sido ex-

conciencia con la cual un ser es capaz de apprehender su propia substancia (su yo), prescindiendo aun de la propia actividad, y de conocerla en oposición á esta actividad. En este sentido suele llamarse la conciencia en alemán *selbstbewusstsein* (conciencia de sí propio). El *selbstbewusstsein* se encuentra en el hombre. Entendida la palabra conciencia en otro sentido, designa aquel conocimiento imperfecto mediante el cual un ser conoce su actividad ó afectación sin llegar á apprehender su propia substancia como tal. Una conciencia tal está en el alcance de la vida sensitiva. (Cf. *SANCTUM THOM.*, *Summ. theol.*, I, q. 79, a. 4; *Summa contra gentiles*, I, 2, c. 66; *Quaest. disput.*, 9, 7; *De verit.*, a. 9; Suárez, I, III *De an.*, c. 21.) A este conocimiento de las propias afecciones va unido cierto sentimiento de sí propio ó sentimiento vital, según observa bien Suárez. En tercer lugar, se acotumbra hoy día designar con la palabra conciencia (en alemán *bewusstsein*) todo conocimiento de cualquier naturaleza que sea. Cuando nosotros (según lo hicieros antes que nosotros KLEUTGEN y otros) hablamos aquí de la conciencia de los brutos, queremos que se entienda la palabra en una de las dos últimas acepciones, pero no en la de *selbstbewusstsein*. Hasta LEIBNITZ no fué costumbre usar la palabra latina *conscientia* en el sentido de (*bewusstsein*).

<sup>4</sup> Así lo enseña SANTO TOMÁS, *Summ. theol.*, II, q. 94, a. 2.

citado en él<sup>1</sup>. El animal busca en todo lo que hace instintivamente una satisfacción, un placer. No come con el objeto conocido de comer para crecer y conservarse, sino que come para satisfacer la tendencia á la nutrición que está despierta en él; no hay que pensar que tenga la idea más leve del fin ulterior de su crecimiento y conservación. En este simple hecho encontramos el tema fundamental, que se varía de mil y otros mil diversos modos en la vida instintiva de los animales. El sentido del tacto, el tocamiento inmediato hace aquí un papel de primera importancia<sup>2</sup>. *Cibus* (alimento) y *venerea* resaltan sobre todo en la vida de los animales; pues de estas cosas penden en primera línea la conservación del individuo animal y la conservación de la especie á que pertenece. En estos y muchos otros casos, el motivo próximo que inmediatamente instiga al animal á ejecutar una acción, es el deseo de gozar el placer inherente á ella. Mas esta satisfacción de la sensualidad no explica lo que en el sentido propio y estrecho de la palabra se llama instinto. No se hablaría, por ejemplo, de un acto instintivo si la araña dejase salir el jugo de su mánula entumecida con el objeto solo de tener el placer que le causa esta evacuación, ó si el pez arrojase su semen al agua; el instinto, y con él la extrañeza que todas sus manifestaciones nos infunden, no empiezan sino cuando la araña saca finísimos hilos de su glándula y teje de ellos una red de caza, y cuando el pez expelle su semen solamente sobre los huevos de su propia especie. Además, podríamos enumerar muchos casos que ponen de manifiesto que el placer no es siquiera motivo suficiente para la acción que habría de explicar. Recuérdese

<sup>1</sup> S. AUGUSTINUS dicit: «Fruí quidem cibo et qualibet corporali voluptate non absurde existimantur et bestiae» (83. *Quest.*, q. 90.) Parece es la opinión de SASTO TOMÁS: «Hæc est differentia inter animalia et alias res naturales, quod aliae res naturales, quando constituntur in id, quod convenit eis secundum naturam, hoc non sentiunt, sed animalia hoc sentiunt; et ex isto sensu causatur quidam motus animæ in appetitu sensitivo et iste motus est delectatio.» (*Summ. theol.*, I, II, q. 31. a. 1.) En otro lugar hacemos «apprehensio sensitiva non attingit ad communem rationem boni sed ad aliquod bonum particulare quod est delectabile. Et ideo secundum appetitum sensitivum, qui est in animalibus, operationes quæcuntur propter delectationem.» (*Summ. theol.*, I, II, q. 4. a. 2.)

<sup>2</sup> «Delectationes sensuum, quæ sunt secundum cognitionem, sunt propriæ hominibus; delectationes autem sensuum, in quantum diliguntur propter utilitatem, sunt communes omnibus animalibus... Si loquamur de delectatione sensus, quæ est ratione utilitatis, sic maxima delectatio est secundum tactum. Utilitas enim sensibilibus attenditur secundum ordinem ad conservationem naturæ animalis. Ad hanc autem utilitatem propinquius se habent sensibilia tactus; est enim tactus cognoscitivus eorum, ex quibus consistit animal... Et propter hoc etiam animalia, quæ non habent delectationem secundum sensum nisi ratione utilitatis, non delectantur secundum alios sensus nisi in ordine ad sensibilia tactus; nec enim odoribus leporum canes gaudent, sed cibatione; necque leo voce bovis, sed comminatione... Id quod est naturale, in unquoque est potentissimum; huiusmodi autem delectationes tactus sunt, ad quas ordinantur concupiscentiæ naturales, ut sunt cibi et venereæ et huiusmodi» (S. THOMAS, *Summ. theol.*, I, II, q. 31. a. 6.)

«Solutus homo, qui est animal perfectum in cognitione, delectatur in sensibilibus aliorum sensuum secundum seipsos; alia vero animalia non delectantur in eis, nisi secundum quod referantur ad sensibilia tactus.» (S. THOMAS, *Summ. theol.*, I, II, q. 35. a. 4.)

se la inquietud y tristeza de todos los animales pasajeros á los que se impide partir para los países donde sus compañeros van á pasar la estación veraniega ó hibernal; el valor con que la hembra más débil, cuando ha parido, se arroja á lucha desigual con un enemigo fuerte, y sufre la muerte para salvar sus hijos. Si el placer fuese el único motivo porque la araña evacua la mánula de hilar, y la oruga teje la envoltura de la crisálida, dejarían de hilar y tejer en cuanto sus glándulas estuvieran vacías, pero no volverían á reparar el hilado siempre que el viento ó la mano del hombre lo destruyesen, hasta que mueren de extenuación. No se explican, pues, suficientemente los actos instintivos sino suponiendo que por impulso de ciertas percepciones ó sensaciones nacen en el animal apetitos determinados que piden ser satisfechos; en otros términos: suponiendo que la *æstimativa*, esa *ratio practica* de la naturaleza sensitiva, juzga una cosa determinada como apetecible ó aborrecible, impeliendo de consiguiente al animal á buscarla ó huir de ella. Pero éste no es sino el primer miembro de un proceso largo, pues que inicia una operación susceptible de tantas variaciones cuantas sean las circunstancias, siendo constante en ella sólo el objeto anhelado. No hay, por tanto, lugar para un mecanismo, como no se suponga un aparato mecánico especial para todas las variaciones y modificaciones reales y posibles, mecanismo que no podría menos de ser *infinitamente* complicado.

El último fin, pues, y el más profundo que cae en la conciencia del animal, es la satisfacción de excitaciones internas, despertadas por impulsos convenientes. El animal busca lo que agrada al sentido externo; busca también lo que satisface los impulsos excitados en su interior, determinando su conducta efectiva cada vez, por el móvil que más intensamente le impulsa. Ahora, observamos por doquiera en la naturaleza que el animal es guiado en circunstancias normales á todo aquello que es provechoso á su existencia, y que ante todo siente viva repugnancia á cuanto disminuiría su duración bajo las condiciones ordinarias de su vida; es decir, que el animal encuentra su satisfacción capital en la conservación de sí propio. Mas como la conservación del individuo sea á la vez el medio natural para perpetuar la especie, los animales están en todos los casos en que peligrá ésta dispuestos á sacrificar su existencia individual en pro de la salvación de la especie.

Según hemos visto, el placer ó la displacencia sensitivos fijan el punto de vista desde el cual objetos ó acciones nos apetecidos por los animales. Si preguntamos ahora por qué vía el animal llega á conocer lo agradable y desagradable de la cosa que apetece ó huye, advertimos al punto que estas representaciones no penetran desde luego por los sentidos en el animal, ó sea que no pue-

den ser percibidos en el objeto por medio de los sentidos exteriores. Por esta razón los antiguos llamaban estas representaciones *species insensatae*, no porque no fuesen aprehendidos sus objetos en el conocimiento sensitivo, sino porque son inaccesibles á los sentidos exteriores.

Pero ¿cómo es posible que el sentido interno llegue á obtener el conocimiento de que el objeto presente al externo le causará placer ó dolor? En tiempos modernos se ha echado mano á menudo del recurso de considerar como ingénitas las representaciones que intervienen en los actos instintivos. La filosofía peripatética (excepto algunos autores de poca monta) no sabe nada de tanta supuesta riqueza de imágenes innatas. Más fácil será ocurrir á la dificultad que acabamos de suscitar si reparamos que el placer y el dolor no dicen nada que sea *absolutamente* propio de los seres, sino que implican esencialmente una relación á aquellos para quien la cosa es deleitable ó desapacible. Cuando un objeto se presenta á los animales, no sólo lo perciben por los sentidos externos, sino que al propio tiempo conocen la impresión que hace á sus facultades apetitivas.

Cuando, pues, el polluelo recién salido del huevo mira alrededor suyo buscando alimento, su conocimiento no le dice que debe crecer, y que, por tanto, debe comer; lo que siente es la sensación de hambre y un impulso actual correspondiente á esta sensación, á buscar lo que satisfaga el hambre. En viendo algo que le pueda servir para saciarse, es capaz, no sólo de ver los objetos externos como tales, sino también por modo secundario de percibir la impresión que recibe de ellos. Su facultad apetitiva está fisiológicamente dispuesta de manera que esta impresión sea de cierto modo simpática, es decir, que ve la substancia alimenticia como algo que puede satisfacer la sensación de hambre que lo trae desasosegado. Cuando el polluelo corre á cobijarse bajo las alas de la clueca á la vista del halcón ó á cierta voz de la madre, cierto es que no sólo ve al ave de rapiña, ú oye el grito de aviso de la gallina, sino que siente á la vez la impresión que causa en su facultad apetitiva lo que ve y lo que oye.<sup>1</sup> A la disposi-

<sup>1</sup> Que las *species insensatae*, ó sea las representaciones que dirigen la vida del instinto, deban derivarse de la percepción de las afecciones subjetivas, se infiere de la naturaleza relativa del *bonum appetibile*. «Quod aliquid videtur bonum et conveniens, ex duobus contingit, scilicet ex conditione eius, quod proponitur, et eius, cui proponitur; conveniens enim secundum relationem dicitur, unde ex utroque extremorum dependet. Et inde est, quod gustus diversimode dispositus non eodem modo accipit aliquid ut conveniens et ut non conveniens. Unde philosophus dicit: Qualis unusquisque est, talis finis videtur ei. Manifestum est autem, quod secundum passionem appetitus sensitivi immaturus homo ad aliquam dispositionem; unde secundum quod homo est in passione aliqua, videtur ipsi aliquid conveniens, quod non videtur ei extra passionem existentem; sicut ista videtur bonum quod non videtur quieto.» (S. THOM., *Summ. theol.*, I, II, q. 9, a. 2.)

ción oportuna de la facultad apetitiva del polluelo pertenece también el que se alarme á consecuencia de ciertas sensaciones. De esta suerte sucede que del ave de rapiña que ha visto recibe la aprehensión interna de un enemigo, ó que la voz de la gallina que le previene produce en él un sentimiento de inseguridad y de desazón, que no cede sino cuando puede huir ó esconderse. Los impulsos á moverse correspondientes á este sentimiento de inquietud le acompañan y siguen del modo más idóneo para devolver la tranquilidad al azorado animal. Cuando la clueca defiende luego sus polluelos contra sus enemigos sin pensar en su propia salvación, no sabe nada entonces ni de la conservación de la especie á que este instinto sirve, ni del peligro que corre su propia existencia individual. La facultad apetitiva de la gallina está organizada por la naturaleza de tal modo, que la mayor emoción se apodera de la clueca en cuanto percibe ciertos acontecimientos relativos á sus polluelos. No sólo reconoce con los ojos lo que ocurre delante de ella, sino que aprecia también, mediante la *aestimativa*, la importancia particular de la impresión que la vista produce en su facultad apetitiva, y esta percepción de su propia afección es la causa de los impulsos y movimientos correspondientes.

**240.** En todos los demás casos sucede una cosa análoga. Según que la facultad apetitiva esté predispuesta por la naturaleza, la impresión que recibe será agradable ó desagradable. Los hombres podemos formarnos una idea bastante exacta de lo que en todos estos casos ocurre con el animal por nuestras propias afecciones transitorias y variables. Según que el hombre está dispuesto subjetivamente, el mismo objeto puede parecerle enojoso ó simpático, funesto ó atractivo. «Hoy te enoja lo que ayer te encantó», dice un poeta. Hemos de suponer, pues, que los animales tienen cierta organización morfológica y fisiológica susceptible de afectarse por determinadas percepciones y sensaciones, de tal manera que el objeto causante de ellas se presenta al animal como deleitable ó antipático, y en el órgano en que reside la facultad apetitiva sensual deben existir determinadas disposiciones, á consecuencia de las cuales, bien espontáneamente, bien por determinadas percepciones externas, se suscitan aprehensiones internas é impulsos correspondientes á éstas del modo más provechoso para la existencia de la respectiva clase de animales. El aspecto, por ejemplo, de material útil suscita en el castor un impulso constructor que no queda satisfecho hasta que puede realizar las obras que en circunstancias normales son muy convenientes para la vida de este animal; es decir, que la relación oportuna de la percepción al impulso está predispuesta en él.

Mas debemos guardarnos de considerar esta predisposición como disposición puramente corpórea, error difícil de conciliar con los hechos. Algunos arácnidos, por ejemplo, tienen esencialmente el mismo aparato hilatorio; pero una especie teje redes suspendiendo los hilos como los radios de un círculo (arañas orbitelas); otra las hace irregulares (inequitelas), y aun otra no hace telarañas, sino que vive en agujeros cuyas paredes cubre de tejido. Es cierto que la araña está organizada por sus mámulas para sacar hilos de ellas y acaso para suspenderlas, y que la posición de sus piernas la habilita para correr sobre hilos. Mas ni las glándulas ni las piernas convergentes deben hacerse responsables de los radios y círculos concéntricos que el arácnido traza, ó de las reparaciones con que subsana tan convenientemente los desperfectos ocasionales de su red. Para la nidificación casi todas las aves tienen esencialmente la misma organización; mas ¡cuán distintos son sus nidos en realidad, por su figura, modo de estar fortificados y situados! Tampoco se puede dar por razón suficiente de las distintas tonadas de los pájaros la diversidad de los aparatos vocales, ni la diferencia de complejión física de las peculiaridades que distinguen las construcciones de las abejas de las que hacen las hormigas. En todos estos casos la organización corporal sólo habilita para la operación respectiva; pero no determina la razón precisa de la práctica. No es raro encontrar los mismos instintos en animales de distinta organización. En los árboles viven pájaros con y sin pies aptos para trepar, y monos con y sin cola prehensil. El turón entroja sus provisiones de invierno llenando sus bolsas de granos; el ratón del campo hace lo mismo, aunque carece de receptáculos especiales para el transporte de su cosecha. Luego como la disposición física no alcanza á explicar semejantes actos de instintos, es fuerza que tenga un determinado carácter psíquico; ó en otros términos, que esté especialmente ordenada á determinados actos de la vida sensitiva, pues que debe llevar en sí una determinación que sea la razón suficiente del carácter de los actos instintivos. Debemos, en fin, decir de la disposición orgánica lo mismo que se supone de todos los afectos ó sentimientos: lo puramente físico constituye la base material; el momento formal está en la ordenación á determinados actos.

Después de lo que en los párrafos anteriores dejamos consignado, ápenas es preciso recordar que absolutamente lo mismo sucede en la vida instintiva del hombre. Cuando sobre la retina de mis ojos vienen á caer los rayos luminosos de una fiera que parece delante de mí, clava en mí sus torvas miradas, ostenta en su boca abierta sus dientes de bestia de rapaña, cierto complejo de nervios es excitado de manera determinada así que veo el

animal. Pero al mismo tiempo son excitados los complejos de nervios en que reside el apetito sensitivo. Esta excitación es de tal naturaleza, que sin más reflexión conozco al punto en el animal á mi enemigo, aprehensión de la cual resulta en el mismo momento un impulso que me *excita* á esconderme ó huir, seguido á su vez de los impulsos convenientes de movimiento, sin que la reflexión intervenga para nada en ellos. La disposición conveniente de la facultad apetitiva sensitiva es, por tanto, la base de la vida instintiva entera en el hombre no menos que en el animal. El ser orgánica esta facultad apetitiva, esto es, el tener su principio en un órgano material, explica que enfermedades ó lesiones orgánicas puedan perturbar la vida instintiva en los brutos y en los hombres.

Podemos, pues, resumir lo expuesto diciendo que el instinto estriba en una disposición psíquico-fisiológica del organismo, en las sensaciones de satisfacción ó inquietud, y en impulsos determinados que se originan, bien en la percepción de afecciones subjetivas, bien al tocar ó percibir ciertos objetos externos, bien al despertarse ciertas representaciones internas en la memoria.

Hasta aquí hemos tratado de la primera especie del bien: el bien deleitable, que figura en primer término tratándose de la naturaleza animal.

211. Pero ¿qué juicio hemos de formar de la aspiración al bien honesto? Con esta pregunta venimos en fin, después de largos preámbulos, á tocar el punto á causa del cual tenemos puesta la cuestión del instinto en la orden del día. Conviene primero echar una mirada al hombre.

Según nos enseña la experiencia, el hombre puede concebir, mediante su razón, lo honesto ó lo conforme al orden que hay en una acción, y tomarlo con libre y consciente espontaneidad por motivo de su conducta. Como el bien honesto recibe de aquí valor moral, conviene discernir entre el *bien honesto natural* y el *bien honesto moral*. El bien honesto hace un papel doble en el hombre. Mientras el hombre se mueve sin reflexión en la esfera de su naturaleza animal, aspira al bien honesto natural, sin que de modo alguno esté presente á su conciencia como tal. Comiendo para satisfacer el hambre, no hay otro motivo en su conciencia sensitiva que ese bien. Como la naturaleza le haya dado cierta propensión á lo que es conforme á ella, el bien deleitable que busca el hombre sensitivo coincide con el bien honesto natural; por tanto, come también para nutrirse. Aspira al bien honesto sólo *materialiter*, como dicen en las escuelas, no *formaliter*, pues que para aspirar al *formaliter* sería necesario cierta reflexión del entendimiento. Lo que hemos dicho respecto del alimento puede apli-



carce á todas las demás operaciones que sirven de modo natural á los intereses de la existencia natural<sup>1</sup>.

Tal vez no sea excusado recordar aquí que cuantas veces el bien honesto que se muestra como deleitable no va acompañado de la satisfacción de apetitos sensuales groseros, y particularmente cuando no es dable conseguirlo sin sacrificarle ciertas comodidades individuales y posponerle el bienestar momentáneo, es capaz de producir una apariencia de moralidad y virtud dentro de la naturaleza sensitiva del hombre que no debe ser confundida con la verdadera virtud y moralidad. Recordemos aquí aquel amor natural y anterior á toda reflexión que las madres tienen á sus hijos, y que encuentra su mayor satisfacción en los sacrificios que hacen por su bienestar. En esa esfera entran el sentimiento de la propia dignidad, la capacidad ó disposición del animo respecto al modo benigno ó severo con que somos tratados, el pudor natural, el arrepentimiento que se siente á raíz de los actos atentatorios al orden natural, el sentimiento de gratitud por beneficios recibidos, y el de indignación por ofensas que hemos recibido ó que todavía tememos. De esta indignación natural nace el deseo natural de venganza. Herido uno por mano ajena, desea devolver el golpe aun antes de que en la conciencia surja ningún pensamiento de justicia retributiva, siendo tan natural en él agraviado el impulso á la venganza inmediata como el que incita al atacado á la defensa. El mismo carácter que todos los ya mencionados tiene el impulso que nos mueve á la sociedad y nos estimula á buscar amigos, y aquella compasión natural que involuntariamente toma parte en el dolor y pena ajenos. Este y otros impulsos semejantes tienen por objeto mantener y conservar el orden constituido en la parte inferior de la naturaleza total, y de aquí que el guardar esta especie de *honestas* sea un *bien deleitable* para el apetito natural no corrompido. Debemos poner aquí el sentimiento que suele llamarse sentimiento *moral*, y que en el hombre consiste en que antes de toda reflexión sea afectado agradablemente al ver acciones buenas ó buen orden, y penosamente al percibir desorden, y en que, aparte de todo discurso racional, sienta agrado é inclinación hacia aquéllas, y contra éste repugnancia y aversión. Toda vez que en los hombres no perversos este sentimiento precede á todo juicio, es preciso atribuirlo á una disposición pri-

<sup>1</sup> «Delectatio est de bono convenienti obtento. Bonum autem conveniens, cuius consecutio delectationi supponitur, non est aliud nisi bonum naturae convenientis, ... bonum autem convenientis naturae non est aliud, nisi bonum honestum (vel morale, vel naturale).» (SIBB. disp. 10 *Metaph.*, s. 2, n. 18.) «Bonum delectabile non distinguitur á bono per se conveniente naturae, nisi prout delectationem includit, quae in tali bono consideratur ut propria ratio movens ad appetitionem ejus.» (Loc. cit., n. 19.)

mordial de nuestra naturaleza. Si se le llama moral no es porque sea moral de por sí, sino porque está en relación próxima con el bien moral en el hombre<sup>1</sup>.

Hechas estas advertencias preliminares, podemos ya resolver la cuestión de si el animal tiene conciencia del bien honesto que va implicado en sus apetitos y acciones.

Si juzgamos el animal por analogía con el hombre, atendiendo principalmente á que el animal se deja siempre guiar ciego por sus impulsos, hasta cuando le mueven á cosas palpablemente inconvenientes, no debemos dudar que el animal, apeteciendo lo que es honesto en sí, no se da cuenta ninguna de esta honestidad, sino que ejerce las funciones de la vida animal por el modo prescrito por la naturaleza, sin saber que estas mismas funciones han de servir, según la intención de la naturaleza, á la conservación normal del individuo y de la especie. Apetece, pues, el *bonum* como tal *delectabile* concreto, pero nunca lo apetece como tal *honestum* concreto.

¶ 42. Podríamos, sin detrimento de la ilación de nuestras demostraciones, pasar en silencio la tercera especie del bien, el *bonum utile*, pues que con lo que llevamos dicho, ya tenemos marcado claramente el criterio á que todo el presente tema debe racionalmente sujetarse. Mas por no dejar laguna demasiado grande en el cuadro que venimos trazando del instinto, no queremos abstenernos de hacer algunas ligeras advertencias sobre la aspiración á lo útil, considerado en la calidad precisa que expresa este término.

Fácilmente se echa de ver que la utilidad de un medio puede referirse tanto á la obtención del bien honesto como á la del bien deleitable. Por lo que respecta al bien honesto, la cuestión está ya orillada con las consideraciones que preceden. El animal emplea medios que conducen de manera provechosa á la obtención del bien honesto; pero no sabiendo nada de éste, no puede tampoco dirigir ningún medio á su consecución. Versa, por tanto, la cuestión solamente acerca del bien deleitable; mas tampoco respecto de éste puede ser dudoso si el animal se forma una representación abstracta, una idea de la utilidad del medio, suposición que la conducta restante del animal excluye enteramente de la discusión; la cuestión que merece ventilarse es ésta: el animal que emplea ciertos medios para conseguir un fin, ¿conoce sólo un *bonum delectabile* en ellos, ó se hace cargo también de la propiedad concreta

<sup>1</sup> «Quia delectatio consequitur operationem naturalem, tanto alicuae delectationes sunt vehementiores, quanto consequuntur operationes magis naturales. Maxime autem naturales animalibus sunt operationes, quibus conservatur natura individui per cibum et potam, et natura speciei per conjunctionem maris et feminae.» (S. THOM., *Summ. theol.*, II, II, q. 147, a. 4.)

del medio de conducir á la satisfacción de un fin más remoto? Vamos á plantear la cuestión en terreno concreto. El pájaro halla cierta satisfacción en tener acabado un bonito nido que le dé albergue por una temporada á él y á sus hijuelos; el castor siente igual placer cuando ha terminado su tosco alcázar palustre. Es seguro que estos animales experimentan cierta satisfacción también en el empleo de los medios, esto es, trajinando fatigosamente los materiales precisos para sus construcciones, pues *qui amat finem amat media*. Pero acaso no sea tan cierto que conozcan también un medio para la consecución futura de su fin en ese trabajoso acarreo de ramas y pajitas. La zorra que salta por la tapia del cortijo para pillar un ganso, ¿da sus saltos sólo porque la idea del pingüe haquetete que lleva en la cabeza se los hace agradables, ó porque considera el saltar también como medio para apoderarse de la sabrosa ave?

Nosotros no vacilamos en afirmar que en ambos casos los animales, sin embargo de la satisfacción que encuentran, aparte del fin obtenido, en el empleo anterior de los medios, ven también en el medio la circunstancia concreta de que conduce á la consecución de tal ó cual fin, no como si supieran distinguir las ideas de fin y medios, sino porque los medios oportunos se ofrecen á su apetito juntos con los fines apetecibles<sup>1</sup>. Creemos que evidencian esto todos aquellos casos en que los animales dejan de emplear un medio en cuanto queda descartado el fin ulterior. No basta, por ejemplo, á la vaca alpina el aspecto del camino para incitarla á emprender la penosa vuelta de las dehesas taladas á la aldea en el valle; falta la idea del deseado establo de invierno. Ni á la zorra le basta ver la tapia de la huerta para moverla á dar el peligroso salto. En todos los casos semejantes á éstos se requiere la imagen de una satisfacción ulterior de que se derive el verdadero motivo para andar ó saltar. En la percepción del animal se presenta al instante junto con el fin el medio necesario para conseguirlo, y por su combinación con el fin nace del medio un incentivo suficiente para que el animal lo emplee gustoso<sup>2</sup>. No obstante, puede

<sup>1</sup> «Bruta et a delectabili et ab utili moventur, non comparativo vel collativo modo cognitio, sed absolute; sicut canis rumpit vincula ad consequendum cibum, et avis colligit palcam ad construendum nidum, non propter ipsam palcam in se... simul cum finem offertur sibi convenientia medi utilitatis seu conducuntis per modum absolutum bonitatis et convenientiae, prout est in ipsa re, non sub proportionem et comparationem ad finem, et ita proposito illo objecto palcae colligendae vel vinculi rumpendi absolute et concurate ferunt ad illud appetitus bruti... Et sic apprehendunt convenientiam et bonitatem utilitatis absolute in se, non comparative; seu materialiter et entitative, non formaliter et respective.» (Jo. a. S. THOM., *Curr. theol.*, in I. II. disp. 1. a. 2. n. 35.)

<sup>2</sup> «Bruta non appetunt operationem et delectationem tanquam duo appetibilia, quorum unum, scilicet operationem, referant ut medium ad delectationem ut ad operationis finem, sed utramque appetunt tanquam unum appetibile adaequatum, ita tamen, ut operatio habeat se tanquam objectum materiale, delectatio vero tanquam formale, sub cuius nimirum ratione appetitus bruti feratur

concederse que muchas de las cosas que el animal emplea del modo conveniente á su naturaleza para alcanzar un bien ulterior llevan en sí mismas, aparte del fin, un motivo de satisfacción que es estímulo suficiente para inducirle á emprender y continuar sus operaciones instintivas. Esto se muestra en gran número de hechos tan conocidos como el que el castor no puede reprimir sus ganas de construir á vista de materiales apropiados. De este modo, la naturaleza ha cuidado de que se apetezcan los fines indispensables de la vida con suficiente vigor, aun en aquellos casos en que el animal no puede tener ninguna imagen de la satisfacción inherente á su consecución.

223. Después de esta digresión, vamos á volver á la materia que veníamos discutiendo. En la inclinación al bien honesto (*bonum honestum naturale*), ó sea en la que corresponde al orden de la naturaleza, está el centro de gravedad de nuestra disquisición. Este *bonum naturale* no está presente á la conciencia de los brutos en sus actos instintivos, y sin embargo, es apetecido. Al mismo tiempo queda fuera de duda que los actos de instinto no son impuestos á los animales por una fuerza extrínseca (como el movimiento de la bala hacia el blanco le es impuesto por el tirador que dispara la escopeta), sino que tienen su causa en el animal mismo, el cual parece en ellos como un ser activo que se busca á sí mismo como distinto de otros ó hasta en oposición á ellos.

Vémonos, pues, enfrente del hecho demostrado de que un ser puede tender á un fin por una tendencia suya intrínseca, sin que el fin mismo se presente á la conciencia cognoscente de este ser. Esta es la tendencia que en la antigua filosofía se designaba como tendencia natural (*appetitus naturalis*), por oposición á la tendencia unida al conocimiento de su fin (*appetitus sensitivus y rationalis*.)

Según la concepción peripatético-medioeval de la naturaleza, debemos suponer en cada cosa natural semejante tendencia ingénita en su esencia, y dirigida á una perfección y un desarrollo de la cosa misma por modo peculiar á cada una. El organismo tiende de una manera del todo inconsciente á elaborarse y conservarse á sí mismo mediante un cambio continuo de su substancia, á tratarse también, cuando es menester, sin ayuda de facultativo, y á repro-

in operationem.» Así se expresa GREGORIO DE VALERENCIA, *Comment. theol.*, tomo II, q. 5, ad 3. «Hunc modum operandi propter finem pure materialiter, dicit SILESTO MAURO, exprimitur aliquando etiam in nobis, quum agimus absque deliberatione et discursu. E. gr. saepe aliquis fricat barbam, quia sentit aliquam pruritum in barba et apprehendit bonum esse, illam fricare et manum movere, et ideo movet absque eo quod quidquam cogit proportionem talium actionum cum fine. Hunc igitur modum operandi, quem nos saepe etiam post usum rationis exercemus, et quem semper infantes exercere debemus brutis tribuere.» (*Opus theol.*, tomo II, l. 5, q. 8, n. 24.)

ducirse con la procreación de otros individuos de su propia especie; pues todo esto pertenece, según hemos visto, á aquella vida que no implica ningún conocimiento consciente, si bien en el animal, incluso el hombre, por supuesto, interviene en estos actos también el conocimiento sensitivo. Por la vida cognoscitiva el animal se eleva á un grado más alto, enteramente nuevo, de actividad interna, pero de modo que la vida vegetal no deja de ser la base de toda su existencia. La tendencia natural ingénita en la naturaleza animal es guiada en muchas especies por el conocimiento propio de las situaciones en que se manifiesta, mas siempre conserva su carácter fundamental, siempre sigue dirigida á la nutrición, aumento y propagación. Podemos, por tanto, distinguir dos elementos en la tendencia de la naturaleza animal: uno natural (ó mejor dicho vegetal) inconsciente, y otro sensual consciente<sup>1</sup>. La conciencia sensitiva concuerda con una fuerza impelente, ó un apetito (*appetitus sensitivus*) que reclama la satisfacción de necesidades que, si el curso de la vida no se desvía de su cauce normal, guardan armonía con las exigencias de la vida vegetal. Lo que es provechoso para la existencia animal considerada en su totalidad se manifiesta á la facultad apetitiva como agradable, y como desagradable se le presenta lo que puede dañar al organismo.

De estas sensaciones de placer ó desagrado resultan, por excitación de percepciones ó contactos externos, impulsos á movimientos cuyas formas están prefijadas en la disposición orgánica. Si prescindimos de esta tendencia sensitiva, tenemos la mera tendencia natural, cuyo objeto—el *bonum honestum naturale*—es apetecido sin que el animal tenga conocimiento alguno de este acto apetitivo. La causa de este apetito es precisamente lo que se suele llamar "naturaleza". El mismo principio lleva en los seres vivientes un nombre especial á causa de la singularidad de las manifestaciones vitales: el de *alma*. El "alma, no es, según los principios de la filosofía peripatética, ningún *spiritus rectus*, ningún *fluido*, ninguna substancia proporcionada de suyo al espacio, ni, en fin, nada que se imponga á la materia como cosa extraña á ella, sino que constituye el ser del mismo viviente: doctrina escolástica que, para instrucción de la ignorancia de algunos sabios modernos, merece bien ser acentuada con mucho énfasis. Leemos entre otras lindes en la obra del amigo de H.ÆCKEL, á quien hemos

<sup>1</sup> «Oportet quod in habentibus cognitionem sit inclinatio supra modum inclinationis naturalis, quae dicitur appetitus naturalis. Et haec superior inclinatio pertinet ad vim animae appetitivam, per quam animal appetere potest ea, quae apprehendit, non solum ea, ad quae inclinatur ex forma naturalis. Sic igitur necesse est ponere aliquam potentiam animae appetitivam... Ergo dicendum, quod appetere invenitur id habentibus cognitionem supra modum communem, qui invenitur in omnibus.» (S. THOMAS, *Summ. theol.*, l. q. 90, n. 1.)

citado ya varias veces: "Si los psicólogos antiguos (?), y aun de los modernos algunos, afirman que la causa de los fenómenos de la conciencia, y por tanto de los sentimientos, es el alma, y que ésta es una substancia delicada, que consta de átomos psíquicos y está situada en la glándula pineal, ó bien en otra parte del cuerpo, no tiene este aserto otro valor para nosotros que el de una suposición gratuita, destituida de todo fundamento real, y que nada contribuye á hacernos más comprensible el fenómeno de la conciencia<sup>1</sup>." "No puedo á fe mía menos de extrañarme, prosigue el mismo autor, de que naturalistas renombrados vuelvan en estos tiempos á repetir la pretensión de haber descubierto el alma, ó sea la causa de todos los fenómenos psíquicos. Dado el caso de que se haya encontrado una materia psíquica que llaman, esto es, un gas ó un líquido muy volátil, que se pueda considerar como la condición de la vida psíquica, no por eso se habrían descubierto las causas de los fenómenos de la conciencia. Que estos fenómenos son inseparables de ciertas substancias, ó mejor de ciertas combinaciones orgánicas, está fuera de duda. Ora se diga que la conciencia reside en el sistema nervioso, ora se sostenga que es inherente á tal ó cual líquido, en uno y otro caso no se habrá señalado más que la condición externa indispensable para el principio de los fenómenos que el vulgo atribuye al alma, y no hay modo de concebir cómo sea posible que esa substancia llegue á tener conciencia." ¡Qué crasa ignorancia se revela en el empeño del autor, que de esta manera arremete contra los descubridores del alma, de atribuir á la psicología antigua la teoría misma que ésta impugna! Los antiguos psicólogos no han discurrido de otra suerte que él; pero manteniendo la realidad de los fenómenos de conciencia, han creído deber defender á la vez la realidad de su causa; y como quiera que estos fenómenos, según SCHNEIDER dice con razón, no hallan explicación suficiente en meras propiedades de la materia, han buscado su causa en un principio substancial que, aun cuando tiene la materia coordinada y subordinada á sí mismo, se confunde con ella en una esencia y una substancia, dotándolo de todas las propiedades que pudiesen servir de otras tantas razones suficientes de los hechos innegables de la conciencia. Mas ya queda dicho que esta *legítima* psicología de los antiguos es tan ignorada del Sr. SCHNEIDER y de cuantos participan de su teoría, como si hubieran tenido que estudiarla en un código chino.

<sup>1</sup> SCHNEIDER, *La voluntad animal*, pág. 128.

## § V

## La tendencia natural psicológica y organoplástica.

244. En las discusiones que preceden, hemos tratado de abstraer el concepto de la "naturaleza", de los fenómenos de la vida instintiva. Si bien el instinto tiene la particularidad de que sus manifestaciones van unidas al conocimiento, domina en él, sin embargo, según podemos ver, una tendencia teológica interna, cuyo fin no cae de ningún modo bajo la conciencia cognoscente del principio activo. Semejantes tendencias naturales se manifiestan también en una clase de procesos vitales del todo exentos del imperio del conocimiento, á saber: en los fenómenos fisiológicos y organoplásticos. Ya sabemos que el conocimiento no es necesario para hacer posible una tendencia interna, sino que se requiere solamente para comunicar á la facultad apetitiva la última determinación de que necesita. De consiguiente, no hay necesidad alguna de conocimiento donde los impulsos apetitivos poseen ya completamente esta determinación. Vemos que en el hombre la tendencia natural domina en la tendencia consciente dirigida por la razón; en los actos instintivos del bruto falta la razón, pero les asisten el conocimiento sensitivo y la sensación de lo que agrada á los sentidos. En las demás manifestaciones de la tendencia natural que nos resta por examinar falta todo conocimiento, no habiendo en ellas más que tendencia natural. Por ahora todavía no nos apartamos de los organismos, en los cuales podemos distinguir una tendencia fisiológica y otra plástica.

A los fenómenos de tendencia fisiológica pertenecen en primer lugar todos los reflejos del sistema orgánico, los movimientos peristálticos de los órganos de la digestión, la contracción del iris del ojo consiguiente á fuertes excitaciones lumínicas, y las vibraciones en el interior de la nariz y de la traquearteria. Son de la misma naturaleza los numerosos movimientos reflejos originados por alguna sensación exterior sin subordinarse al albedrío del viviente. La sensación de escozor en la garganta origina accesos de tos, que sirven para expeler un cuerpo extraño que se ha introducido en ella; la irritación de la pared pituitaria nasal hace estornudar; los musculares del pie se contraen convulsivamente cuando se hacen cosquillas á la planta del mismo; el corazón empieza á palpar en grandes emociones; secreciones glandulares

son efecto de irritaciones de las membranas mucosas de la boca ó del estómago<sup>4</sup>.

Por el mismo modo, pues, que la acción instintiva, en cuanto tiene á conservar el bienestar vegetal del individuo, es el resultado involuntario de ciertas disposiciones naturales del sistema nervioso sensitivo y motor, involuntariamente se verifican también los movimientos respiratorios de los pulmones, los peristálticos de los órganos digestivos, las pulsaciones del corazón, la circulación de la sangre y los procesos de la nutrición; movimientos determinados todos y en todas sus fases por disposiciones naturales del sistema nervioso simpático; y así como la tendencia natural que está en el fondo del instinto parte evidentemente del individuo mismo, no puede haber tampoco duda en que la tendencia que se manifiesta en los movimientos puramente fisiológicos es propia y peculiar del ente individual, siendo el mismo sujeto el que acecha su presa instigado por el instinto, y la agarra al salto, y el que ejerce el complejo de movimientos automáticos y reflejos contenidos en este movimiento espontáneo de pies y piernas. El sujeto que ejerce los movimientos normales de la respiración, busca instintivamente la esfera de vida que mejor cuadra á su peculiar proceso respiratorio.

245. Si tendemos ahora la vista sobre el ancho campo de la organoplástica teleológica, muéstranos con claridad imponente la acción de una tendencia natural interna en los animales.

En primer término, advertimos que la organoplástica va en los animales íntimamente ligada á su vida instintiva. La misma tendencia al fin que pone en el cerebro del animal el instinto á esconderse y acechar á su víctima, le dió también las uñas y garzas para asirla, los dientes para despedazar sus carnes, los intestinos para digerirlas, y un aparato óptico especialmente dispuesto para la visión á lo lejos, caso de que, como el águila, tenga que atisbar la víctima desde alturas vertiginosas. Si en el acto instintivo predomina la timidez, propensa á la fuga, el animal respectivo será provisto de oído fino, vista penetrante, olfato sagaz y extremidades delgadas, flexibles y ligeras para huir del enemigo. Todos los organismos animales, en fin, están ajustados á las necesidades del instinto, formando como un retrato visible de la tendencia peculiar que constituye el carácter de cada especie. El mismo principio que impulsa al picocruzado á sacar la semilla de las

<sup>4</sup> Recientemente ciertos autores hablan también de un instinto orgánico vegetativo y puramente fisiológico distinto de instinto psíquico propiamente dicho. (Cf. JEAN ENRIQUE AUTENRIETH, «Teorías sobre la vida natural y psíquica» [*Abwickelung über Natur und Geistesleben*], Stuttgart y Augsburg, 1936, pág. 222). Somos de parecer que conviene dejar á las palabras su significado fijo y usual, y huir de innovaciones que no pueden menos de originar confusión.